

DOÑA MARÍA PACHECO,

CUADRO DRAMÁTICO

ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

DON JOSÉ CABIEDES

Y

DON JOSÉ DEL CASTILLO.

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro Eslava de Madrid la noche del 5 de Marzo de 1872.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 16.
1872.



PERSONAJES.		ACTORES.
DOÑA MARÍA PACHECO...	SRAS.	LLORENTE.
BLANCA, esposa de Fadrique...		SIERRA.
OBISPO DE ZAMORA.....	SRES.	MONTENEGRO.
DON FADRIQUE.........		GALZA.
DON GARCÍA............		CHACEL.
GUILLEN, plebeyo........		MARISCAL.
LOPE DE SOSA..........		RUIZ.
PREGONERO............		»
Pueblo.		

La accion pasa en Toledo.

A NUESTROS COMPAÑEROS

DE LA

SOCIEDAD DEL GATO.

Recibid este débil homenaje, hijo de nuestras tendencias y nuestro cariño, vosotros que habeis iniciado con el *Romancero Español*, la reforma de la literatura popular.

Los autores.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un salon de la casa de Padilla, con trofeos y menaje al uso de la época; á la izquierda del espectador un balcon saliente que deja ver una lontananza de cielo y monte. En el fondo una puerta maciza grande y ojiva; á la derecha otra más pequeña que da paso al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

OBISPO, D. FADRIQUE, D. GARCÍA, escuchando atentamente el pregon que se publica—(PREGONERO, GUILLEN y PUEBLO, fuera.)

PREG. (Fuera.) «Justicia que el rey promete
para sus vasallos...»
GARCIA. Esto
cambia de color.
PREG. «Porque haya
en sus reinos paz.»
FAD. De léjos
nos la envia.
OBISPO. Nunca es tarde
para enmendar nuestros yerros.
PREG. (Fuera.) ¡Viva el rey! (Pausa. Silencio.)
GARCIA. Nadie responde?
FAD. No.

GUILLEN. (Fuera.) ¡Vivan los comuneros!
PUEBLO. (Fuera.) Vivan!!
GARCIA. Qué hacen?
GUILLEN. (Fuera.) Toledanos,
ya está en armas todo el reino
por don Juan Padilla.
GARCIA. Amigos,
esa fiebre no os da miedo?
FAD. Por qué? no, los favoritos
son los que deben tenerlo.
OBISPO. Sin embargo, don Fadrique,
la plebe es como el soberbio
corcel, que una vez tendido
en la carrera, del freno
hace un aguijon.
FAD. Si ántes
no se obtuvo por derecho...
GARCIA. Don Fadrique, el rey ya cede.
FAD. Señal de remordimientos,
y deudas son mal pagadas
que nunca llegan á tiempo.
GARCIA. Recelais?
FAD. Sí, don García,
no me bastan juramentos.
GARCIA. Ni en la boca del monarca?
FAD. Tengo razon á temerlo.
Á todo puede faltarse
cuando de todo hay ejemplo.
Vino nuestro rey á España,
jóven, valiente, inexperto,
y en cambio de la corona
le pedimos nuestros fueros.
No sé si á vos se os acuerda,
á don Fadrique si al ménos,
que en Valladolid estuvo
con las Córtes exigiéndolos.
Allí el doctor Zumel dijo
que Burgos no rendia pleito
homenaje á quien no fuera
padre, más que rey, del pueblo.
Cárlos juró las franquicias
bien heredadas por luengos

y luengos años de guerra,
pago de merecimientos;
juró sobre nuestras leyes,
mas juró como otro tiempo
Alfonso en Santa Gadea,
sobre un cerrojo de hierro.
Bien lo visteis.

GARCIA. Se le impuso
con harto desabrimiento,
y un monarca no tolera
condiciones de sus siervos.

FAD. Ó las rechaza ó las cumple.

GARCIA. ¿Somos jueces?

FAD. Somos dueños.
Por eso el pueblo le niega
los mal exigidos pechos
para su esplendor y fausto
en paises extranjeros.
Por mucho que el deber sea
no da lo que no tenemos,
y no está bien que un monarca
al recibir un imperio
lleve la frente ceñida
con lágrimas de su pueblo!

OBISPO. Bien: mas si Castilla sigue
con las armas el sendero
de la muerte, estando todos
sus agravios satisfechos,
la guerra se cambia en crímen,
en bandido el caballero;
y si al altar de la patria
llega su pendon cubierto
de sangre, como la boca
de los tigres, yo me niego
á prostituir el brazo
de mi bendicion sobre ellos.
Á mí tambien me ha arrastrado
la libertad con el fuego
de su mirada al combate,
y dos sacerdocios tengo:
en mi báculo y mi espada
la cruz está junto al hierro.

Y yo por ambas os juro
que sois nobles combatiendo
contra esa plaga insaciable
de ambiciosos extranjeros,
por cuyas venas hoy corre
en vez de sangre oro nuestro.
Y tan nobles, que estas manos,
que al Dios de paz recibieron
para difundir la gracia
de la vida entre los pueblos,
¡hélas! aquí están dispuestas
á blandir maza, creyendo
que es el látigo que arroja
los mercaderes del templo.

GARCIA. Pero el rey es el rey, digo.

FAD. Padilla se alzó contra eso,
y Santiago, la Coruña,
Valladolid y Toledo,
con protestas le han seguido
hasta el límite del reino.
La liga es justa y sagrada;
es la patria.

GARCIA. El bando ha puesto
mucha traba á las contiendas
y promete buen remedio;
no reclamar más subsidios,
no subastar los empleos.
Cayó el cardenal.

FAD. La suerte
lo haga en el campo primero.

OBISPO Lo hará. Padilla lo ha dicho:
«Adios, imperial Toledo,
»volveremos vencedores
»del yugo ó no volveremos.»

FAD. Su pronta vuelta aseguran
sus razones y su ejército
formidable.

OBISPO. Mas nosotros
la herencia fieles velemos
que nos dejó encomendada,
que incólume guardar quiero
sin perderla ni arriesgarla.

—Tal me disteis, tal os vuelvo.—
Y el Obispo de Zamora,
aunque no tenga más que estos
cuatro muros, donde hay vida
de Padilla en el aliento
y en la sangre de su esposa,
llama á este vacío el reino
de la justicia, y facciosos
desde la puerta hasta el cielo.

ESCENA II.

DICHOS, GUILLEN y PUEBLO.

GUILLEN. Dios guarde; aquí está el Obispo,
gorras abajo y respeto.
OBISPO. Qué traeis?
GUILLEN. Nobles señores,
ya está en armas todo el reino
bajo don Juan de Padlila.
OBISPO. Qué pedís?
GARCIA. Sí: ya te lo hemos
oido.
GUILLEN. Señor... entónces
pido... es decir... pediremos,
porque yo hablo solo porque
no hablemos todos á un tiempo.
Queremos ver á la noble
Doña María Pacheco.
(Al pueblo.)
No es verdad? Y á ver si puede
colgar á ese pregonero.
OBISPO. Por qué causa?
GUILLEN. Por espía.
FAD. ¿Por espía?
OBISPO. Y qué derecho
tienes á ser juez?
GUILLEN. Yo he estado
en Medina combatiendo.
FAD. No fué tu deber?
GUILLEN. Pregunten
en Medina hasta á los perros,

si quien es Guillen no saben;
aquel Guillen que en lo recio
del choque, la artilleria
salvó á brazo, eso es, con estos.

OBISPO. ¿Tienes queja?

GUILLEN. Me parece
que eso da á un hombre derecho
de hablar alto.

GARCIA. Pero cuenta
con la confusion.

GUILLEN. Me atrevo,
señor, aún á suplicaros
si á la noble esposa...

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA MARÍA y BLANCA.

MARIA. Hénos
aquí; los que honrais mi casa,
los amigos de mi duelo
y mi esperanza, ¿qué nuevas
regalais á mis deseos?
Noble Obispo, Dios os guarde.
Ah! venturas me prometo
si el destino nos las manda
por tan noble mensajero.
¿Habeis rogado á la Virgen
por él? Yo mucho.

OBISPO. Por ellos!

MARIA. Ah! perdonad si no aparto
egoistas sentimientos;
mujer soy, creíme formada
de naturaleza ménos
frágil que tierra, mas todo
este edificio soberbio
de ruin vanidad, fundirse
en gruesas lágrimas siento
como cera al sol. Vasallos
de la justicia, hablad presto:
si á evocar habeis venido
el númen del honor vuestro,

en mi presencia os escucha,
que aquel que llamó á este seno
su morada eterna, vive
donde está mi pensamiento.

GUILLEN. Señora, pues es el caso
liso y llano que vencemos.

MARIA. Don Fadrique, y me ocultabais?...

FAD. Yo...

GUILLEN. Por barruntos que tengo.
¿Habeis oido, señora,
el pregon del rey?

MARIA. Sí.

GUILLEN. Entero?

MARIA. Sí, prosigue...

GUILLEN. Concesiones
tales, sin venir á cuento...

MARIA. ¿Y no teneis más seguros
indicios?

GUILLEN. No son pequeños.
¿Qué se concedió á Medina?

GARCIA. ¡Ya salió!...

GUILLEN. Ni sus cimientos
quedaran si á vuestro esposo
no envia en su ayuda el cielo.

MARIA. ¿Vos en Medina estuvísteis?

GUILLEN. Estuve y á honra lo tengo.

MARIA. Mucho mi don Juan loaba
aquella accion.

GUILLEN. Puede hacerlo,
porque más allá no fuera
ni él, sin quitarle su mérito.
¿Sabeis lo que es levantarse
unos hombres indefensos
y hacer más fuertes sus brazos
que los cañones de hierro?
—¡Entregad la artillería!—
—¡Por las bocas, vive el cielo!—
(Al pueblo.)
¿No fué así? ¡Qué es de quien manda!
—¡¡La muerte no tiene dueño!!—
—¡Sus los del rey!—¡Sus los libres!
—¡Carguen á esos hombres!—¡Fuego!

¡Vive Dios, que parecia
tormenta en el mar su estruendo!
¡Bribon de alcalde Ronquillo
que de un extremo á otro extremo
por la espalda, como nobles,
manda incendiarnos el pueblo!

MARIA. ¡Horror!

GUILLEN. Todo ardia, señora.
Y las campanas tañendo,
y gritando las mujeres,
las pavesas por el viento...
pero en torno á los cañones,
nosotros, á palo seco,
pulverizando armaduras
que saltaban con los huesos!
Ronquillo huyó! allí quedaron
los cañones y los muertos.
Yo rasgué el pendon vencido;
con un giron de su lienzo
hice una honda; y cual corre
un pastor lobos hambrientos,
fuí con su bandera misma,
á pedradas despidiéndolos.

FAD. Allí á don Juan aclamasteis
por general de los tercios
de toda España, fiando
vuestra venganza en su acero.

GUILLEN. Él nos vengará de todos.
Yo sé bien quiénes son ellos. (Saca una lista.)

GARCIA. ¿Y esa lista?

GUILLEN. Es de traidores
sentenciados por el pueblo.

MARIA. Eso no.

OBISPO. ¡Justicia propia!
¿No hay leyes y ayuntamientos?

GUILLEN. Burgos arrastró á un infame
diputado, y lo hecho hecho.

GARCIA. Contagioso el entusiasmo
os hace olvidar que esto
no es Medina.

MARIA. Perdonadles,
don García, yo contemplo

ese ardor como semillas
que hará germinar el tiempo.
Guillen, si premio deseas,
pide.

GUILLEN. Yo no busco premio.
Mas preguntar me olvidaba,
por qué sin estar en cerco
nos prohiben la salida
por las puertas de Toledo.
Mandad que se abran, señora.

OBISPO. Yo las cerré, fué bien hecho.

MARIA. Temeis algo?

OBISPO. Nada... ahora.

GUILLEN. Es... que ha dicho el pregonero
que hay tropas cerca.

MARIA. ¡Dios mio!

GUILLEN. En la cima de aquel cerro.
(Señalando hácia el balcon.)

MARIA. Del rey, Guillen? ¿y mi esposo?

OBISPO. ¡Quién sabe!

MARIA. Hablad!

GUILLEN. Con el grueso
de su gente replegaba
hácia Villalar.

GUILLEN. Son nuestros;
deben ser, mandad que se abran
las puertas y lo sabremos.

MARIA. Id: mas cuidad que en las manos
sea la espada el cauterio
doliente que purifica,
no la antorcha del incendio.
Los ángeles de justicia
no ateis al carro funesto
de las bastardas pasiones,
como corceles de fuego.
Á vengar vais el ultraje
de las leyes, que no el vuestro.
Id: descansad en Padilla;
mientras conquista, yo velo
por su obra. La libertad
nunca ha de morir, teniendo
esta mujer que la guarde.

GUILLEN. Y á quién guarda todo un pueblo!
(Salen Guillen y pueblo.)

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA, BLANCA, OBISPO, D. FADRIQUE, D. GARCÍA.

MARIA. Sigamos en la espinosa
senda su triunfal camino.
¿Le amará tanto el destino
como el pecho de su esposa?
BLANCA. Volverá.
FAD. En él su esperanza
funda el pueblo castellano.
OBISPO. Dios sólo tiene en su mano
del porvenir la balanza.
GARCIA. Mas el corazon sereno
esté al dolor prevenido.
MARIA. Callad, señor, que en mi oido
filtrais amargo veneno.
GARCIA. ¿Fáltaos valor?
MARIA. De su muerte
ante los manes sangrientos,
los dolores más violentos
de la más impía suerte,
llevara yo en mi cabeza
con un desden irrisorio,
como llevé al desposorio
las joyas de mi riqueza.
OBISPO. Confianza en Dios.
MARIA. Tengo fe.
FAD. El cielo entónces decida.
MARIA. Id: mirad por vuestra vida,
que tropas son.
(Va á salir D. Fadrique; el Obispo la detiene.)
OBISPO. (Llevándose á D. García.) No, yo iré.
(Salen D. García y el Obispo.)

ESCENA V.

MARÍA, BLANCA y D. FADRIQUE.

BLANCA. Siempre en el cielo piadoso
un eco la oracion halla,
escudo fué en la batalla
del pecho de vuestro esposo.
Y á él unida en puros lazos
le traerá lleno de gloria
á reposar su victoria
en vuestros amantes brazos.
MARÍA. Cumplidas sus pretensiones
presto volverá á mi amor.
BLANCA. (Á Fadrique.) Verdad?
FAD. Si el emperador
insiste en sus concesiones...
MARÍA. Puede atrás volverse?
FAD. Es tarde,
pero...
BLANCA. Te inquietas ahora?
MARÍA. Pues de qué dudais?
FAD. Señora...
Cuando no duda un cobarde?
BLANCA. Tú cobarde!
MARÍA. Vos!
FAD. Lo soy,
preguntadlo á nuestras gentes.
¿Estoy donde los valientes?
donde está Padilla, estoy?
MARÍA. Os quedasteis en Toledo,
porque á la pátria conviene.
BLANCA. Padilla lo mandó.
FAD. Tiene
tantos disfraces el miedo!
No mandó, yo lo pedí,
me desposé en aquel dia,
y mi Blanca me decia,
¡no te separes de mi!
Á mi amor sólo escuchando
logré en sus brazos quedar

con excusa de velar
por vos y por nuestro bando.
Y llegó al lecho nupcial
donde encadenado estaba,
del valor que se alejaba
la despedida marcial.

MARIA. En lenguas vuestro heroismo
nadie ha puesto en esta vez.

FAD. Yo solo puedo ser juez
y acusador de mí mismo;
mas mi conciencia severa
avergonzada se exalta:
me falta algo, me falta
la sombra de mi bandera!

MARIA. Calmaos, mi buen amigo.

BLANCA. Es tu desgracia mi amor.
(Llorando.) Oh!

FAD. Justicia del Señor,
siempre en la accion el castigo!
Yo por no hacerte sufrir
dejé á Padilla marchar,
y te estoy viendo llorar
y no es por verme partir.
¡Ay si las dudas se agitan
y cunde el rumor aleve:
manchas en honra y en nieve
pronto caen, nunca se quitan!

MARIA. Leal honrais á Castilla,
tomad en prueba esta mano; (Dándosela.)
no la ofreciera á un villano,
que es la sangre de Padilla.

BLANCA. Gracias, señora.

FAD. Sí, honroso
contacto que fuerzas da!

MARIA. Vuestra inquietud cesará
en los brazos de mi esposo.

FAD. ¡Dios, que sabeis la intencion
que me sirve de sosten,
para sincerarme bien
dadme pronto una ocasion!

MARIA. No ha menester pruebas ya,
buena fama y tan bien hecha;

la fortuna satisfecha
tarde ocasion os dará.

FAD. Quién sabe!

MARIA. (Á Blanca.) Qué haceis?
(Blanca va hácia el balcon.)

BLANCA. Oid.
(Suenan rumores que se pierden rápidamente á lo léjos.)
Corre el pueblo alborotado.
Se van por el otro lado.
Venid, señora, venid.
(Vánse por la derecha Doña María y Blanca Fadrique se dirige al foro.)

ESCENA VI.

D. FADRIQUE, D. GARCÍA, que entra por el fondo.

GARCIA. Os buscaba, don Fadrique.

FAD Llega á tiempo don García.
Qué quieren esos rumores?

GARCIA. Ellos causan mi venida;
el descontento se aumenta,
se impide que el pregon siga
con amenazas y gritos,
la plebe se arremolina,
enteras las concesiones
quieren al rey exigírselas
como Padilla las pide.
Vosotros, que de Padilla
seguís el pendon rebelde,
vosotros, que por encima
de esa plebe osais alzaros
hasta nuestra altura misma,
ayudadnos á batirlos.

FAD. Cuando ayuda nos suplican
nobles, del monarca iguales,
mucho la ciudad peligra.
Y aquí están los caballeros
dispuestos á todo, escrita
al pecho su ejecutoria
por una lanza enemiga.

Cubierta la honra de méritos,
cubierto el pecho de heridas,
que en los campos, no en la cuna,
la nobleza se conquista.
Á la patria le juramos
dejar sus leyes cumplidas,
castigando rey ó pueblo
á quien pretenda infringirlas.

GARCIA. Fomentad de vuestro orgullo
las pretensiones altivas,
fortalezas sobre viento
es muy fácil destruirlas.
Y probará el rey, al tiempo
que vuestra soberbia humilla,
que nobleza con la sangre
se hereda, no se conquista.

FAD. Esta que corre en mis venas,
por honrada del rey digna,
en fuego al oirse ultrajada
se trueca por lo encendida.

GARCIA. Muy mal sienta así escucharos
en un salon, no en las filas;
sin vos Padilla á su frente
marchó há tiempo.

FAD. Lengua impía...
Vos murmurais .. sólo vos...
con vuestro aliento se extinga
ese rumor miserable
que puede ser mi mancilla.
Y pues blasonais de sangre,
por ver si iguala á la mia,
con la punta de mi acero
la he de saltar á la vista.
(Va á desenvainar su espada y detiene su accion D. García.)

GARCIA. Tened, imprudente!

FAD. Cómo?

GARCIA. Es esta ocasion propicia
de ensangrentar nuestros bandos,
dar ejemplo de reucillas?
Muy pronto tendrá el ultraje
satisfaccion bien cumplida.

Ahora que el motin se anuncia
demandando sangre y ruinas...
el deber nos manda unirnos.

Fad. El deber así me obliga...
Garcia. Corro á prevenir mis fuerzas.
Blanca. (Entrando.) Fadrique.
Fad. Lo están las mias.
(Váse D. García.)

ESCENA VII.

D. FADRIQUE, BLANCA.

Blanca. Qué haceis?
Fad. Nada, Blanca mia.
Blanca. Nuevas me manda buscar
inquieta doña María;
miedo me da su agonía
que nada puede calmar.
Muy absorta en la oracion
está á veces, de repente
presa de extraña emocion
al menor ruido de gente
corre al cercano balcon.
Anhelante por saber
de todo empieza á temer,
todo lo quiere indagar,
no resiste á preguntar
y teme oir responder.
Sube al alto minarete;
con ánsia su vista ufana
fija en la desierta plana,
adivinando un ginete
en cada sombra lejana;
y si el viento llega á alzar
el polvo en tropel ligero...
mira tras el avanzar
el corcel de un mensajero
con nuevas de Villalar.
Fad. Nada sabe el pueblo, nada;
la ciudad alborotada
quiere correr al camino,

pendiente está su destino
de la postrera jornada. (Suena un clarin.)

BLANCA. ¡Un clarin!

FAD. Ese sonido
dice, llenando los vientos
al llegar á nuestro oido,
que ya en el campo ha cumplido
Padilla sus juramentos.
Él anuncia la presencia
de un mensaje...

BLANCA. (Corriendo al balcon.) La esperanza
aviva más la impaciencia.
(Vuelve á sonar el clarin.)

FAD. ¡Así es el grito que lanza
en su fondo mi conciencia!!
(Pausa en que ambos escuchan ansiosos.)

BLANCA. (Viniendo al lado de Fadrique.)
Fadrique, no te da miedo
ese silencio?... Parece
que se ha dormido Toledo!

FAD. Habla... resistir no puedo
esa quietud que estremece.

BLANCA. (Al balcon.) Llega aquí el pueblo reunido
Rodean á un mensajero...
el Obispo va el primero...
todos callan...

FAD. (Con desesperacion.) ¡No han vencido!
Ay! sí cumplió el caballero!
Corro...

BLANCA. Aquí están; anhelante
dudosa conserva el alma
esperanza vacilante...

FAD. Ay! ¿no te dice bastante
esa pavorosa calma?

ESCENA VIII.

DICHOS y DOÑA MARÍA.

BLANCA. Ah!

MARIA. Blanca!

FAD. Doña María!

MARIA. Decidme, ¿ese mensajero
qué nuevas nos trae?
BLANCA. Señora...
Volved á vuestro aposento...
FAD. En breve habeis de saberlas...
MARIA. Yo misma iré... (Dirigiéndose à la puerta.)
BLANCA. (Deteniéndola.) No...
MARIA. Qué es esto?
Sabes?
BLANCA. Nada.
MARIA. ¿Tambien nada,
tú, mi amiga, mi consuelo!
FAD. Os juro que...
MARIA. ¡La victoria
jamás ha sido el silencio!
Se hiela el alma de espanto.
Ya se acercan... sólo siento
el acompasado ruido
(Acercándose á la puerta.)
de sus pasos en el suelo.
¡Ni un rumor! ni una palabra!
FAD. La muerte viene con ellos!...
BLANCA. Calmaos, señora.
MARIA. ¡Calma
cuando se siente en el pecho
que olas terribles se agolpan
de un mar de presentimientos!

ESCENA IX.

DICHOS y OBISPO.

MARIA. ¡Qué pasa, decid, qué pasa!
OBISPO. Ha llegado un mensajero
de Villalar.
MARIA. ¿Y mi esposo?
¿Han vencido?
OBISPO. Nada puedo
decir, en callar insiste.
En sus manos trae un pliego
y sólo en vuestra presencia
hablar quiere.

BLANCA. (Á María.) Valor!
MARÍA. Presto!
Dónde está? vamos.
OBISPO. Espera
á las puertas con el pueblo.
MARÍA. Pasen todos.
OBISPO. (Á María.) Valor!
MARÍA. (Apoyándose en Blanca.) ¡Blanca!
Me ahoga la inquietud.
OBISPO. (Á la puerta.) Toledo,
franca entrada y al mensaje
despejad... (Entra Lope.)

ESCENA X.

DICHOS y LOPE DE SOSA.

LOPE. Guárdeos el cielo.
MARÍA. ¡Oh, Lope, su fiel criado
y él no! Dí.—¿Padilla ha muerto?
LOPE. Señora... (Arrodillándose.)
MARÍA. (Alzándole.) Pronto, esas nuevas
dadles al punto comienzo.
LOPE. «Comprendidos nuestros males
»y vuestro valor dispuesto,
»permitid que por injustos
»los acusen mis acentos.
»Á veces, para probarlos,
»Dios desampara á los buenos;
»pero su causa, que es justa,
»mantiene sobre los tiempos.
»Negro el corazon de luto,
»negro de ira el pensamiento,
»vengo desde Villalar,
»y yo no sé cómo vengo,
»Que en el penoso camino
»matáranme los recuerdos,
»á no dar fuerzas al alma
»con la esperanza de veros.
»¡Villalar! ¡funesta tumba
»de la libertad del reino!
»el lodo hasta las rodillas,

»el agua en el rostro hiriendo;
»Peleamos contra el de Haro,
»contra torrentes y vientos,
»contra injusticias de propios,
»contra rapiñas de agenos.
»Sangrienta lucha, señora,
»fué aquella lucha, el infierno
»es imposible que abarque
»más horrores en su seno.
»¡Oh, la esposa de Padilla!
»ya no hay patria, ya no hay fueros,
»la ambicion levantó un trono
»sobre cadáveres nuestros.
»Pelear contra los hombres
»sabe vuestro esposo hacerlo;
»pero si el cielo acomete,
»¿quién es fuerte contra el cielo?
»Yo ví aquel brazo robusto
»despues de roto su ejército,
»empuñar la enorme lanza
»como un huracan de hierro.
»Vile romper denodado
»de escuadrones por en medio,
»á cada lanzada un grito,
»pero á cada grito un muerto.
»Y ví tambien aquel héroe...
»falto de escudo y de aliento,
»y... cuando acaban las fuerzas
»no pide más el denuedo.
»Esta espada y este escrito
»os manda en su lance extremo,
»y permitid que mis ojos
»acaben... ¡que yo no puedo!»
(Recibe Doña María la espada y el pliego.)

BLANCA. Y Dios os perdone, Lope,
todo el daño que habeis hecho.

MARIA. Continua, aún más, aún falta
más que en mi dolor presiento.
¡Si delante de mis ojos
hay algo que me da miedo!
No temas, vierte hasta la última
hez de ese cáliz acerbo!

BLANCA. ¡Qué sentís! (Viéndola agitada.)
MARIA. Ahogarse el alma
de estar respirando fuego!
¡El más valiente, rendido!
¡el más libre, prisionero!
¡el más feliz, derramando
lágrimas, y no en mi seno!
FAD. Calma, señora, pudieran
exagerar, no ser cierto...
MARIA. Sé que me ama, que no vuelve
y que yo me estoy muriendo!
OBISPO. Al primer golpe villano
no se abate un noble cedro.
MARIA. ¡Yo le arranqué de mis brazos?
¡Señor! mis labios dijeron
á mi amor... vete? ¡Hora infame,
engendrada en el infierno
para envenenar mi vida...
¡maldito sea tu recuerdo!
FAD. ¡Pues qué! perder la batalla
no es perderse, ni perderos.
BLANCA. Mientras quede una esperanza,
confiad en mis esfuerzos.
OBISPO. La nuestra es salvarle todos.
FAD. Todos...
MARIA. ¿Todos?
TODOS. Sí.
MARIA. Aún es tiempo!
Lope fiel, corre á su lado
¡ay, dichoso tú, que al ménos
le abrazarás! corre, y dile
que á conmover van los cielos
y la tierra mis gemidos.
BLANCA. Sí.
MARIA. Que en la mesa, en el sueño,
en el placer, en el trono,
de rodillas seguiremos
á ese rey, hasta trocarle
blancos de horror los cabellos.
BLANCA. Perdonará.
MARIA. Madre tuvo,
madre soy, lágrimas tengo.

OBISPO. Leed. ¡Dios nos ilumine!
MARIA. No puedo, señor, no puedo.
BLANCA. Dadme! (Va á coger la carta.)
MARIA. ¡No!
(Miéntras rompe el sello con angustia.)
¡Señor, clemencia!
(La rodean. Pausa. Lo subrayado es leido.)
No dilataré un momento...
el recibir... la corona...
¡Jesús!... *de mártir... que espero...*
¡Mártir? Mi esposo? ¡Imposible!
OBISPO. Seguid...
MARIA. ¡Imposible!!... *Dejo*
en vuestras manos mi ánima,
pues ya otra cosa no tengo.
Vos, señora, (Cada vez más trémula.)
haced con ella...
BLANCA. Por Dios, Maria, deteneos.
MARIA. *Haced...* (Rechazándola.)
como con la cosa
que más os quiso. ¡Ah! (Llora.)
OBISPO. Tremendos
dias se anuncian, Fadrique.
FAD. ¡Oh crueldad sin ejemplo!
MARIA. Lope... ¡di!... (Cogiéndole convulsa.
LOPE. Espiró tranquilo
llamándoos.
OBISPO. ¡Castilla ha muerto!
MARIA. ¡Á mí!! (Se arrodilla con desesperacion.
¡Dios mio, matadme
por compasion! (Llorando.)
OBISPO. Padre eterno,
una mirada piadosa
sobre este corazon huérfano!
MARIA. ¡Verle! verle... un sólo instante!
¡un adios, Señor, un beso
del corazon!... ¡Para siempre!
(Se levanta de repente y separando á todos entra febril por la derecha. Dentro.)
¡Hijo de mi alma! ay, le han muerto!
OBISPO. Tempestuosos presagios!
(Sale Doña María desfallecida.)

MARIA. Amigos... gracias, no puedo
mas... ya el corazon piadoso...
derrama un frio cadavérico
en mi sangre... (Se reclina en Blanca.)
BLANCA. ¡Amiga, hermana!
MARIA. ¡Ay! (Pierde el conocimiento.)
BLANCA. Fadrique. (Acuden.)
OBISPO. Respetemos
el dolor sagrado. ¡Gime,
tierra de manes sangrientos,
donde corona de espinas
es el blason de los buenos.
(Cae la espada de manos de Doña María y el ruido la despierta.)
MARIA. Ah! no oísteis? ¡Era el ruido
del hacha sobre su cuello!
¡Adios, alma abandonada!
FAD. Nosotros la vengaremos.
MARIA. Adios! Donde se posaron
como ángeles otro tiempo
mi castidad y sus labios,
(Lleva sus manos á la frente.)
aquí los hombres han puesto
el padron de la vergüenza.
¡Hijo, inocente heredero
(Volviéndose hácia el lado donde está su hijo.)
de una virtud pisoteada
como vibora entre el cieno!
¡Qué! (Tropezando con la espada.)
FAD. (Dándosela.) Tomad para su afrenta!
MARIA. (Besándola.) Bendita! ¡Era el vibrante eco
de su honra sobre mi débil
corazon! Gaje de un muerto,
sangre traes, sangre me pides,
cada gota es un funesto
grito de venganza; estrecha
mi mano, la muerte ha puesto
su guadaña inexorable
á los piés de mis deseos.
FAD. (Al Obispo.)
¡Vive Dios, ved su mirada
como el relámpago en medio

de la tempestad; Padilla
renace. ¡Salud, Toledo!

ESCENA XI.

DICHOS, D. GARCÍA.

GARCIA. Señores, perdióse todo;
mas víctimas pide el reino.
Vos humillaos, señora.
MARIA. Don Juan no me dió ese ejemplo.
GARCIA. Don Juan está ya rendido.
MARIA. ¡Su esposa, no!
GARCIA. Os queda el ruego.
MARIA. Id, madres desventuradas,
arrastrando humilde duelo
á besar manos traidoras
que lavan llanto de huérfanos.
¡No, entre la viuda y el mundo
no hay más vínculos que un hierro
y un cadáver!
OBISPO. Y estos brazos
que son la fe y el consuelo.
GARCIA. (Señalando al balcon.)
¿Veis las alas vencedoras
del águila imperial? Presto
llegará aquí esa bandera.
¡Ay de vos, María, del pueblo,
si llamais sobre vosotros
el castigo y no el remedio!
MARIA. ¡Ay del cobarde que pide
su justicia á los perversos!
¡Sola me dejó el destino,
sola me empuja el infierno,
sola estoy como en su gruta
los leones del desierto!
¡Ay del que hizo una serpiente
cada fibra de mi cuerpo!
Fadrique, si no has mentido
ve la ocasion de tu esfuerzo.
GARCIA. Don Fadrique, yo os reclamo.
MARIA. ¿Cobarde?
BLANCA. ¿Mi esposo?

Muero
por él, Blanca mia, honrado
como él.

BLANCA. Gracias!

MARIA. (Desde el balcon.) Pueblo,
leed; por vosotros dijo
que moriria y ha muerto!
(Arroja al pueblo el pergamino. Se oye un pronunciado tumulto fuera. Pausa. Doña María se vuelve con expresion de júbilo y fiereza.)
Oís? mis brazos se duplican
como chispas de un incendio.
(Volviendo al medio de la escena.)
¡Quién humillará de ese héroe
el corazon, que en el cielo
es ya un cometa que anuncia
la agonía de los pueblos!

GARCIA. Vive Dios que es vergonzoso
ver, oir, tolerar esto.
¡Soldados! (Llamando.)

ESCENA XII.

DICHOS, GUILLEN, con el pendon de los comuneros, y PUEBLO, dispuestos al combate.

GARCIA. ¡No sois!

GUILLEN. Lo mismo
da, porque todos traemos
armas.

MARIA. ¡Guillen!

GUILLEN. ¡Guerra!

PUEBLO. ¡Guerra!

GARCIA. ¿Morir quereis?

GUILLEN. Sí, revueltos
con los verdugos.

MARIA. Pues guerra,
mis valientes, yo la acepto.
Yo vestiré su coraza,
yo haré brillar los primeros
como siempre en vuestras filas
este pendon y este hierro. (Coge el pendon.)
¡Sús, Castilla!

OBISPO. Y cuando falten
para vuestra sangre lienzos,
sabrá arrancarse el Obispo
su sayal y sus cabellos.
MARIA. (Á Garcia.) Vé y pide al rey, cortesano,
las albrícias de este reto.
LOPE. ¡Matadle!
GUILLEN. No tal, que vuelva
á batirse si es para ello.
OBISPO. (Á García.) Venid, mi amparo os conduzca
hasta las puertas.
GUILLEN. (Arrancándole le espada.) El fuero
manda que anden los traidores
sin armas.
GARCIA. ¡Vil!
FAD. (Cogiéndola.) Yo os prometo
reclamárosla en el campo
(Dándole la suya.)
GARCIA. Pendiente queja tenemos.
FAD. Á rescatarla, García.
GARCIA. Irá: hasta luégo. (Dánse la mano.)
FSD. Hasta luégo.

ESCENA ÚLTIMA.

MARÍA, BLANCA, FADRIQUE, GUILLEN, PUEBLO en último término.

GUILLEN. Señora, no hay linaje ante la muerte,
y el noble marcha al lado del pechero:
fiad en mí, que el corazon más fuerte
no desdeña el escudo aunque es de cuero
MARIA. Guillen, un hijo tengo, será prenda
del rey, si la injusticia no derribo,
sálvale tú despues de la contienda.
GUILLEN. ¡Toma, como si yo quedara vivo!
FAD. Tropas se acercan. (Desde el balcon.)
BLANCA. (Escuchando.) ¡Grita el pregonero!
PREG. (Fuera.) *«El pueblo se alza...»*
FAD. Parlamentan, miran
hácia este alcázar.
MARIA. Responded!

GUILLEN. (Poniéndola en el balcon.) Primero
bandera roja!

FAD. Su pendon retiran.
Blanca, adios. (Éntrase.)

BLANCA. (Se abrazan.) Ay, adios!

MARIA. Ya está firmada
la heróica decision de nuestra ruina.

PUEBLO. (Fuera.)
«¡*Castilla* y *libertad*!»
(Suena un cañonazo lejano.)

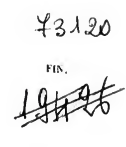
TODOS. ¡Ah!

GUILLEN. Esto no es nada,
conozco los cañones de Medina.

MARIA. (Blandiendo la espada y separando á todos para ocupar el primer término.)
Apartaos, señores, ya me abrasa
el corazon sangrienta calentura.

GUILLEN. (Armando su arcabuz y al lado del pendon.)
Donde está mi bandera, está mi casa,
sus escombros serán mi sepultura.

MARIA. ¡Fuego! (Mandando á los de fuera.)
(Suenan otros cañonazos.)
Blandones que su esposa enciende
sobre el túmulo honrado de Padilla.
¡Fuego! el cielo en pedazos se desprende
para enterrar la afrenta de Castilla!!
(Cuadro final. Telon rápido.)



FIN.

